

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mónica Monserrat Gasteasoro Lugo
monigaslu@hotmail.com

Plantar un jardín: Epicuro y el placer de vivir entre amigos

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 55, enero-marzo de 2021, pp. 41-43.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Vivid y recordad mis
alegres doctrinas
EPICURO

Hablar de Epicuro es siempre una tarea muy difícil; de este autor solo nos restan los ecos en los testimonios de sus discípulos, unos cuantos fragmentos y lo que de él recoge Diógenes Laercio. Sin embargo, su figura tiene un atractivo irresistible gracias a que en ella podríamos encontrar una salida a aquello para lo cual Platón y Aristóteles nos han quedado debiendo.

Pensar en Epicuro es pensar en la búsqueda del placer; sin embargo, es usual que cuando hablamos de placer se incurra en el error de relacionarlo con los excesos. Debido a esto es que Epicuro ha tenido tan mala fama, pues se le ha relacionado con la idea de un sujeto egoísta y “degenerado” cuyo único fin era la búsqueda de una satisfacción personal desbordada. La escuela de Epicuro, por otro lado, era un espacio libre donde intercambiaban ideas hombres, mujeres y esclavos; por esto no es de extrañar que para una sociedad tan estratificada como lo era en aquel entonces Grecia, una escuela tan inclusiva resultara incómoda y marginal. Mientras a Epicuro se le veía con repugnancia desde la óptica de una sociedad elitista, por abogar por el placer, lo único que este filósofo se proponía era otra doctrina de la virtud y de la felicidad, una donde cupiésemos todos. El placer de Epicuro incluía a los otros y no solo a un grupo de privilegiados.

Para Epicuro el placer tenía que ver más con una suerte de dicha existencial que incluía no solo el placer individual y que se halla muy lejos del proceder actual de las sociedades modernas, que se empeñan en tratar a lo que nos rodea como si su único objetivo fuese existir para el propio consu-

Plantar un jardín: EPICURO y el placer de vivir entre amigos

Mónica Monserrat Gasteasoro Lugo

mo individual, proceder que nos ha llevado a crisis no solo ecológicas sino humanas. El mundo actual está echando en falta visiones que posibiliten ver a los otros como iguales en su diferencia, entender que los otros no están allí como meros objetos de consumo, que tienen un espacio de existencia tan legítimo como el nuestro. Epicuro sienta las bases para pensar al individuo como parte de un colectivo sin la soberbia idea de superioridad elitista de la que pecaron Platón y Aristóteles.

La doctrina de Epicuro es, pues, una apuesta por la felicidad común. Mas, ¿qué significa felicidad para este? Uno de los más famosos apelativos que a menudo se usan para hablar del epicureísmo es el de “cálculo racional del placer”, y si bien es cierto que él mismo se refiere a su ejercicio como un cálculo, creo que para ser más coherentes con su doctrina habría que entender este cálculo más como un arte que no trata tanto de sumar o restar placeres, sino de encontrar cómo podemos hacer la vida más disfrutable. La suma del placer, podría decirse, no está pensada en términos de cantidad sino de cualidad. En esto, a mi parecer, comparte con la *phronesis* aristotélica esa destreza de la medición

sin regla, basada en la experiencia, en lo terreno; pues ni el placer es posible medirlo con la precisión de una regla, ni podemos sujetar nuestros deseos a reglas anteriores a estos ni adelantarnos por completo a las circunstancias que vendrán. Los deseos no son algo que podamos decidir tener o no tener. Estos van de la mano de nuestras creencias, por lo que no hemos de reprimirlos (cosa que no solo desembocaría en infelicidad sino que además puede tener desenlaces catastróficos), más bien hay que reorientarlos según nuevas creencias.

Cuando afirmamos que el placer es el único fin, no nos referimos a los placeres de los disolutos ni a los de aquellos de vida licenciosa [Κραιπάλη, *craipálee* (crápula)], como creen algunos que ignoran nuestra doctrina, la malinterpretan o no están de acuerdo con ella. Más bien aludimos a no experimentar dolor en el cuerpo ni turbación en el alma. Pues ni los festejos ni los banquetes continuos, ni el goce con mancebos y mujeres, ni tampoco los pescados ni todas las otras viandas que trae una mesa suntuosa, fecundarán la vida buena, sino

que el logos [Λόγος, recto juicio, recto razonamiento] que escruta los principios de toda elección y rechazo, y des tierra las opiniones mediante las cuales se inquietan las almas con máxima agitación. El principio de todo esto y mayor bien es la prudencia. Esta es máspreciada aún que la filosofía, porque de ella provienen todas las otras virtudes, y ella nos enseña que no es posible vivir placenteramente sin recto juicio [Λόγος, logos], sin honestidad y sin justicia, ni poseer recto juicio, ser honesto y ser justo sin tener una vida placentera (Epicuro, Carta a Meneceo, 6-7).

Ahora bien, reorientar nuestros deseos exige antes hacerles frente; este es el motivo de la formulación del *Tetrapharmakon* (remedio cuádruple propuesto por Epicuro para conseguir la felicidad), el cual consiste en establecer pautas que busquen la manera de hacer frente a aquello que nos provoca sufrimiento: el temor a los dioses, a la muerte, la no consecución de nuestros deseos y, por supuesto, el dolor físico. Lo primordial en la búsqueda del placer es tener una creencia acorde a lo que está dentro de nuestras posibilidades y buscar elegir de acuerdo a lo que nos proporcione un sufrimiento menor.

Pero hay que remarcar que el acto electivo que para Epicuro será racional no opta, al contrario de otras doctrinas, por rechazar nuestra parte “irracional”. Al contrario, el cuerpo será una razón de otro orden. La filosofía de Epicuro está fuertemente marcada por este carácter material que nos dice dos cosas: eres un cuerpo y eres un cuerpo mortal. Todo lo que está a tu alcance es lo que está al alcance de este espacio temporal en el que se halla inserto tu cuerpo. Al respecto de esto, Lledó señala: “Epi-

curo nos descubrió al gran ausente de esa reflexión sobre la vida feliz: el cuerpo, la verdadera vida de los latidos y la carne, de la serenidad y la amistad” (2013, 22-23).

Este ejercicio filosófico de localizar lo absurdo en las propias creencias, apostando por una reinterpretación de estas a modo de escapar del dolor, será la fuente de la felicidad. El disfrute de la vida en la propuesta epicúrea es bucólico, pues en él es el paisaje completo el protagonista. Frente al arte del retrato que caracteriza a la modernidad, centrado fundamentalmente en el individuo, Epicuro nos ofrece el arte del paisaje, donde el individuo solo puede comprenderse a sí mismo en tanto que implicado en su ambiente, en su entorno, en la compañía de los que acuden al jardín. Que la filosofía se haga en el jardín no es pura cursilería. Tiene un sentido completamente libertador, en tanto que significa también salir de la idea platónica del autoencierro: el cuerpo no es cárcel del alma, es condición de posibilidad, es apertura a la vida. La filosofía en el jardín es una invitación a convivir con la vida, a apreciar en las flores toda la fragilidad de esta y, en el soplo de aire fresco, admirar como único e irrepetible al acto de respirar, a la par que charlamos sobre el sentido de la vida; es nada más y nada menos que un festejo por la vida. El jardín, en su condición de espacio de admisión libre, es un llamado a la naturaleza y a hacer a un lado los títulos, porque en el jardín todos somos semejantes.

Epicuro llevó a cabo una verdadera revolución en la forma y sentido de sus enseñanzas e, incluso, en la variedad de sus oyentes. Mujeres, esclavos, niños, ancianos acudían al Jardín a escuchar al maestro y a dialogar con él. Estos en-

cuentros se orientaban, casi exclusivamente, a descubrir en qué consistía la felicidad desde las raíces mismas sobre las que se levantaba cada vida individual. Esto implicó ya un planteamiento muy distinto de aquel “hombre político” que tanto había preocupado a Platón y a Aristóteles (Lledó 2013, 15).

Otro de los que ven en Epicuro un gran aporte a la actualidad es Michel Onfray, que en *La comunidad filosófica* defiende las revoluciones atómicas, pues comprende que aunque la única manera de lograr una revolución molecular es comenzar desde el propio lugar atómico, en este cambiar yo mismo a la par que me comparto con los otros está el germen del cambio a gran escala. Esto significa que antes de ocuparnos de hacer feliz al otro, hay que saber en qué consiste la propia felicidad y los propios deseos: hay que fijar primero la mirada en uno, en qué es lo que buscamos y qué nos motiva a actuar como actuamos; el cuidado de otros requiere del cuidado de sí. Epicuro se dedica a estudiar la manera en que deseamos, para tratar de encontrar la forma de conciliar estos deseos individuales con los colectivos sin sacrificar la felicidad de ningún lado; pues solo en el recto orden de los deseos encontramos la manera de hacer comunidad.

Epicuro clasifica los deseos en: naturales necesarios, que son aquellos que buscan perpetuarnos vivos y felices (como la sed, el hambre, la amistad y cuya satisfacción elimina el dolor); naturales innecesarios, que son aquellos que, al añadir detalles a esta búsqueda de la perpetuidad de la felicidad, van más allá del intento por eliminar el sufrimiento, de modo que ponen en riesgo la propia finalidad de estos deseos (como el

deseo de la comida refinada o el placer sexual, de cuyo abuso se puede seguir la perturbación física y espiritual); y finalmente, los que no son naturales ni necesarios y por tanto son deseos vanos. Estos últimos se consideran así debido a que, al tener su origen en la opinión, son susceptibles de error, por lo cual tienden a ocasionar sufrimiento, pues se encuentran fundados en creencias erróneas. Con esta clasificación Epicuro busca mostrarnos que lo único que necesitamos para ser felices es enfocarnos en satisfacer nuestros deseos naturales que son necesarios y no buscar más allá de esto. De modo que la filosofía de Epicuro apuesta por el presente. No ubica su defensa en términos del más allá, sino que está fervientemente plantada en el hoy; lo único que está a nuestro alcance es esa materialidad que forma parte del espacio temporal del ahora. Un mundo donde los dioses quedan aparte de lo que podemos concebir o conocer nos libera del convencimiento soberbio de que debemos hacer cumplir a los demás con la norma divina, cuando esta se encuentra lejos de nuestro alcance.

Pese a que lo anterior pudiera sonar a que ahora todo queda a expensas de un relativismo individualista, muy por el contrario, el modo de autonormarnos que nos ofrece la filosofía de Epicuro apunta a la amistad: tomaremos el bien de nuestro amigo como un bien propio.

... el importante papel concedido a la amistad y a la constitución de comunidades, cuyos miembros han de ayudarse mutuamente en lo espiritual y en lo material, son hechos que bastan para rechazar esa idea según la cual la filosofía epicúrea equivaldría a un hedonismo egoísta (Hadot 2013, 64).

Por otro lado, probablemente uno de los aspectos más problemáticos de la doctrina de Epicuro sea el empeño que mostró en convencer a sus alumnos de no buscar más allá de sus enseñanzas. Y precisamente ahí reside el punto débil de su filosofía, puesto que se nos presenta la gran paradoja: ¿cómo una filosofía de la apertura y de la comunidad que hace a un lado a los dioses para acentuar la libertad de los individuos niega a la par la crítica y la libertad de pensamiento?

Algo que sí podemos concederle a Epicuro es que, si bien su doxografía va encaminada a convencernos de que el suyo es el mejor camino para una vida feliz, no elimina tajantemente la libertad de pensamiento, pues en sus palabras encontramos siempre una exhortación a descubrir por nosotros que esa es la mejor manera. Por esto no podríamos tacharlo de maestro titiritero, ya que, aunque pocos, nos ofrece argumentos para orientarnos hacia una vida de la cual está convencido que nos beneficiaríamos todos y no exclusivamente él. En Epicuro podemos encontrar, aunque de manera estrecha, un espacio para la libertad, del que podemos dar cuenta en pequeños lugares de sus escritos; como ejemplo de esto, en la *Carta a Meneceo* encontramos que la exhortación a seguir su doctrina va antecedida por un “tú medita”. No es él quien tiene en última instancia la verdad en la mano, y aunque el espacio para examinar esto sea pequeño, en Epicuro la verdad está a merced de quien participe de la amistad, de quien confíe en ella.

Gabriela Berti señala que en la amistad tendemos un puente para la comunidad sin dejar a un lado la individualidad, puesto que el amigo es alguien a quien vemos como un igual, como si fuésemos nosotros mismos.

La amistad es la virtud de la excelencia para cualquier persona que la cultive; el placer del sabio aumenta con el goce de los amigos, a quienes aprecia como si fuesen parte de sí mismo. [...] La amistad no es solo un instrumento para la felicidad individual, sino que proporciona una felicidad ampliada (Berti 2015, 101).

Finalmente, lo que el atomismo nos aportó fue la capacidad de notar que todos somos pequeños átomos en el orden de las cosas; sin importar el título que llevemos, todos incidimos en el mundo, por lo que hay que prestar atención al modo en que lo hacemos, buscar la manera de no incurrir en abusos ni para nosotros ni para los otros y hacernos cargo de la gran responsabilidad que conlleva el ser *amigo*.

REFERENCIAS

- Berti, Gabriela. 2015. *Epicuro*. Barcelona: RBA.
- Epicuro. 1960. Carta a Meneceo. Traducido por Erick Valdés Meza de la edición de G. Arrighetti. Turín: Giulio Einaudi.
- Hadot, Pierre. 2013. “¿Qué era la felicidad para los filósofos antiguos?” En *Filosofía para la felicidad*, Emilio Lledó, Carlos García Gual y Pierre Hadot. Traducido por Carlos García Gual. Madrid: Errata Naturae.
- Laercio, Diógenes. 2007. *Vida de los filósofos más ilustres*. Traducido por Carlos García Gual. Madrid: Alianza Editorial.
- Lledó, Emilio. 2013. “Sobre el epicureísmo”. *Filosofía para la felicidad* (op. cit.).
- Onfray, Michel. 2008. *La comunidad filosófica*. Traducido por Antonia García Castro. Barcelona: Gedisa.

Mónica Monserrat Gasteasoro Lugo es licenciada en Filosofía por la UV y maestra en Filosofía por la UNAM.